

Por la noche, en la Opera, circulaba de palco en palco la noticia. La misma baronesa la participó á los amigos y recibió sus felicitaciones.

¡Duquesa!

Una corona sentaría perfectamente á aquella cabeza de reina.

A las tres semanas se habian publicado los edictos matrimoniales, y Félix, el gran modisto, terminaba los trajes de la novia.

XIII

APARECIDOS EN BRETAÑA.

Durante los siete meses que acababan de transcurrir, Laugou estaba abandonado, Plelau fúnebre, Scaer, triste.

Algunos días antes de la publicación del matrimonio del duque y la baronesa, aconteció en el país una extraordinaria aventura. Cosas que sólo se ven en Bretaña, y sobre todo, en los más desiertos rincones del Morbihan.

Eran las ocho de la tarde y el sol se ponía tras los juncales de la landa, de Lanvaux, allende los cerrillos de Trédion y de Nuestra Señora de Kerdranguen, cuando Corentino Cleguer topó con la loca en la avenida de Plelau,

El pobre mozo había perdido todo su buen humor.

Juanilla soltó, al verle, una carcajada histérica, que excitó la cólera del desdichado.

Estaba desconocido.

Demacrado el rostro, lívida la tez, con algún mechón gris en las sienes, y los ojos profundamente hundidos.

Pero todavía era un arrogante mozo.

Postizada por el dolor, su hermostura era más espiritual. Sus pensamientos eran más elevados. No hay palanca como las penas para levantar el ánimo.

Ivona hubiera hallado más atractivo en el dolorido semblante de Corentino que cuando estaba radiante de placer.

Pero Ivona había muerto. Así, al menos, se creía en el país.

Corentino llevaba luto en el corazón por la mujer á quien tanto había amado y continuaba amando.

Pasaba muchos días en casa de Rebec, pero no procuraban consolarse. Apenas hablaban de Ivona, pero pensaban en ella constantemente.

El anciano maldecía su dureza y se arrepentía amargamente de no haber seguido los consejos del conde.

Había desaparecido su entereza.

—¡Fue por culpa mía! decía á cada instante.

Cruelmente la expiaba.

El recuerdo de Ivona le perseguía día y noche. Era tan cariñosa, tan buena.

El anciano reservaba todo su odio para el seductor.

Pero este odio era amor comparado al de Corentino, á quien desesperaba su impotencia.

El duque de Vaudrey, cuyo nombre no pronunciaban jamás, no había vuelto á Bretaña.

¡Felizmente! Porque Corentino lo hubiera matado como á un animal dañino.

No decía una palabra de sus proyectos.

Sólo su hermano los conocía.

A veces, en sus conversaciones con Juan María, tenía arrebatos indescriptibles; raros, pero espantosos.

—Que me lo encuentre, decía, y uno de los dos queda en el sitio. No me hacen falta armas! no soy un señor duque. ¡Lo ahogaré! ¡le romperé los huesos, le aplastaré la cabeza como á un sapo.

Juan María le ponía la mano en el hombro y le decía con voz misteriosa:

—¡Espera! ¡Paciencia!

—¡Espera! ¿A qué?

Corentino miraba á su hermano con aturridos ojos y no comprendía.

—Déjanos obrar. Ya llegará la ocasión. Te lo juro.

Aquella tarde, Corentino rechazaba bruscamente á la loca que le cerraba el paso, pero Juanilla se agarró á su brazo y le dijo:

—No quieres oírme, Corentino, y haces mal. Hay

cosas que yo sé y que tú no sabes. Si me hubieses oído, algunas desgracias se hubieran evitado.

—¿Y qué?

—Los muertos resucitan.

—¿Qué quieres decir?

—Hay milagros.

—¡Eh, basta!

—Vete de noche á Fontana. Yo rondo y vec; haz la señal de la cruz cuando pases cerca de la casa del guarda.

Corentino se encogió de hombros y la Juanilla le soltó, repitiendo palabras incoherentes: Los muertos..... la noche..... Fontana.....

El aviso de Juanilla extrañó á Corentino.

Siguió andando, pero se detuvo al ir á pasar las cadenas, que adornan más que cierran la entrada de la avenida de Plelau.

Juanilla canturreaba su melodía, á la que cada día agregaba una estrofa.

Su voz temblorosa y cascada, tenía algo de siniestra:

A bailar al cementerio
los espíritus han ido,
y sin música y sin ruido
todos danzan en redor.

¡Lará, laró!

Para ver mi dulce amor.

¡Laró, laró!

Yo me iré como mi Pedro
con los muertos á bailar.

Corentino no era supersticioso; pero las palabras de la loca le habian turbado. Sentia el escalofrio de lo sobrenatural.

¿Por qué no habia de tomar por Fontana para volver á Scaer?

El camino no era mucho más largo, y el breton tenia buenas piernas.

Además, le serviría de pasatiempo.

Los días le parecían interminables, y las noches mucho más.

Pensaba incesantemente en el fin desdichado de Ivona. La veía revuelta por la corriente en el cauce del Guer y arrastrada por el agua.

¿A dónde? No se sabía. Acaso al mar.

¡Si, al menos, hubiese recibido cristiana sepultura! Podría tener el consuelo de orar sobre su tumba; pero habia desaparecido en el légamo de las lagunas ó en los abismos insondables del Océano.

Caminaba lentamente, como temeroso de llegar á Scaer, donde, en la soledad de su cuarto, se avivaban sus recuerdos.

Conocía perfectamente el camino de Fontana.

Había estado cien veces y había descansado á menudo en casa de los Toel, cuando en las cacerías iba hacia aquella parte el venado.

El sitio era solitario: las casas más próximas distaban más de tres kilómetros.

¿Por qué Ivona había de elegir para sus apariciones aquel sitio y no otro.

¡Aparecersel ¡qué absurdo!

¡Cosas de Juanilla!

Sólo las viejas creen semejantes tonterías.

Pero, á pesar de sus juiciosas reflexiones, Corentino experimentaba misterioso temor á medida que iba acercándose á Fontana.

Las emociones que hacía un año venía experimentando, le predisponían á supersticiosos terrores.

La noche estaba tranquila.

Las nubes dejaban ver entre anchos desgarrones algunos trozos del cielo. La luna aedmaba sus pálidos cuernos sobre las selvas de Laugou, y ténues nubecillas surgían de los pantanos, tomando formas fantásticas.

Algún fúego fátuo corría entre los juncales.

Las lechuzas se reclamaban con gritos lúgubres en los árboles, cuya negra masa se dibujaba confusamente sobre el fondo gris del cielo.

Corentino habia viajado durante los años de servicio, pero el campesino bretón lleva consigo las impresiones de la infancia, que despiertan en cuanto pone el pie en el suelo nativo.

Duermen, pero no mueren.

A unos trescientos pasos de casa de los Toel, se detuvo.

—Serian las nueve de la noche.

Parecióle percibir entre el suave rumor de la brisa lamentos ahogados.

Pura ilusión, sin duda.

Continué andando, pero con precauciones.

Le palpitaba el corazón violentamente.

Aunque procuraba serenarse diciéndose que era una locura creer en fantasmas, aparecidos y almas del otro mundo, su emoción era inmensa.

Al llegar junto al prado de los Toel, contuvo la respiración.

El prado baja hasta el fondo de un vallecillo, desde el cual se levanta el terreno en agria pendiente cubierta de maleza.

La luna, velada hasta entonces, apareció de pronto, y Corentino distinguió en el claro del bosque un bulto negro que parecía una mujer arrodillada.

La sombra se levantó y avanzó lentamente hacia al centro del prado.

Corentino tembló de pies á cabeza.

La sombra se parecía á Ivona: estaba de espaldas, pero reconoció sus hermosos cabellos tendidos sobre los hombros.

Corentino retrocedió algunos pasos y se apoyó en el tronco de un castaño para no caer al suelo.

Recordó el consejo de la loca y se santiguó. Sus ojos vertían lágrimas.

La sombra con las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza inclinada vagaba silenciosamente por la pradera.

De la casita de los Toel salió un rayo de luz por las rendijas de una ventana cerrada.

Cantó lastimeramente un buho, y Corentino, á pesar de su valor, tembló de espanto.

Hay momentos en que el crujido de una rama

saudida por el viento, un árbol que extiende sobre el camino sus descarnados brazos ó una piedra que toma formas de espectro, horrorizan al más valiente.

—¡Dios me asista murmuró Corentino, cuyos dientes castañeteaban.

La sombra giró y se dirigió hacia él con cadencioso paso.

La luna iluminó de lleno su semblante con su luz azulada.

Corentino solo distinguía un rostro pálido y unos ojos sin brillo. Los brazos, caídos á lo largo del cuerpo, no se movían.

La sombra seguía avanzando hacia el árbol en que se apoyaba el hombre á quien hubiera amado de no interponerse la fatal locura, y que le amaba con ardiente amor, no bien comprendido hasta aquel instante en que la veía cercada de una aureola.

Cuando la sombra estuvo á algunos pasos de Corentino, el pobre bretón se arrodilló como para suplicarle que no desapareciera, que no se convirtiera en vacío como los fantasmas de la noche, al surgir el alba.

Ella vió un bulto informe que se movía junto al árbol.

—¡Ah! gritó espantada.

—Ivona, murmuró Corentino que reconoció la voz.

La joven quiso huir, pero no pudo. No tenía fuerzas todavía.

Si no la hubiera sostenido Corentino, hubiese dado en tierra con su cuerpo.

—¿Eres tú? dijo el bretón, sudando de espanto.

Ella volvió en sí y lo llevó á la casa del guarda.

Cuando la señora Toel la vió sostenida por un hombre, se llenó de terror, pero al reconocer á Corentino:

—¡Dios sea loado!—dijo, es un amigo y no diré una palabra.

—¡Viva!—repetía el bretón, que no podía dar crédito á sus ojos.—¡Viva! ¿qué milagro!

—Un milagro, en efecto, dijo la buena mujer.—Hubiera debido morir diez veces, pero va restableciéndose y curará por completo.

—¿Por qué te ocultas?—preguntó Corentino.

—No lo sé, respondió Ivona.

—Yo lo sé, dijo la anciana;—porque los que han querido matarla son muy poderosos ¡Es necesario que la crean muerta! Más tarde tendrán un alegrón los que, después de haberla llorado, la recobren!

Mi padrino lo quiere, dijo Ivona.—Le debo la vida. Sólo es capaz de hacer tantos sacrificios por salvarme.

Se lo refirió todo: la puñalada del duque, el heroísmo de Josen, que la había sacado del estanque, los cuidados del conde durante seis meses, su ternura paternal, su bondad y su indulgencia.

No salía de la casa; sólo un rato, de noche, hacia algunas semanas. Había escuchado, y como nada había oído, trataba de dar algunos pasos para ensayar sus fuerzas que iban volviendo.

Le reveló que el día anterior había recibido una carta de su salvador, dirigida á la señora Toel. El conde le decía que la reclusión terminaría pronto y que recobraría la libertad.

¿Cómo?

No lo manifestaba.

Pero confiaba en sus promesas.

Corentino la devoraba con los ojos. Su alma pendía de los labios de Ivona.

Ella bajó la vista ante el fuego de aquella mirada.

—He sido muy culpable—murmuró.

—¡Ah!—exclamó Corentino.—¿Por qué me lo recuerdas?

—¡Hubiera querido morir!

—Morir!—exclamó el buen bretón, ¿pero no amas á nadie, desdichada? ¿Ni á tu padre arrepentido de su severidad, ni á tu padrino que te ha salvado, ni á otros?

—Quería hablar de él, pero pasó entre los dos la execrada imagen del duque.

—Sí,—dijo Ivona, ¿pero podrían ellos perdonarme?

Corentino hizo un esfuerzo para arrojar de su memoria aquel recuerdo que le volvía loco.

Sus ojos estaban arrasados de lágrimas.

—Al fin, te encuentro, dijo.—Lo demás, ¿qué importa? Me parece que despierto de una pesadilla, horrible.

La señora Toel intervino.

—Hay que callar, Corentino.

—Se lo prometo con una condición.

—¿Cuál?

Que me permitiera usted volver.

—No puedo impedirlo, dijo la viuda, pero vaya-se usted. La enferma necesita descanso.

Obedeció con pesar.

Le costaba trabajo apartarse de Ivona. Temía no volverla á ver, y que se desvaneciese como visión fantástica.

La señora Toel encerró á Ivona en su cuarto, y contó á Corentino el valor de la joven, y sus propias angustias en las horas de crisis.

Una noche el conde le había mandado ya que fuese á avisar al padre.

Oreía próxima la muerte.

Afortunadamente experimentó algún alivio.

—Es preciso que no sepa que vive—le decía el conde.

La señora Toel no comprendía la causa del misterio, pero el conde tenía empeño en que le conservase, y le había dado órdenes severas.

Ivona salía pocas veces y sin permiso del conde, pero necesitaba respirar aire puro.

Por milagro había pasado por allí Corentino.

De noche nunca iba nadie á aquel sitio: sólo jabalíes y corzos se acercaban en las noches de luna.

—¿No anda por aquí la loca de Plelau? preguntó Corentino.

—¿La loca? Seguramente. Esa está en todas partes; pero ¿quién ha de hacerla caso?

—Además, añadió la señora Toel, no ha debido ver á Ivona? Hace poco tiempo que puede tenerse en pie; aun ahora tiene mareas y desmayos y si sale es solo para ir á arrodillarse sobre una pequeña fosa que ella conocía.

La buena mujer no dijo más.

Corentino se estremeció y dejó á la viuda, diciéndole:

—¡Hasta la vista!

—Sí, hasta muy pronto.

Volvió todos los días.

Estaba horas enteras hablando con Ivona de los días felices y de los proyectos formados por sus padres.

Ivona sonreía dulce y melancólicamente.

Corentino la consolaba con palabras tiernas y procuraba distraerla del dolor incurable que le destrozaba el alma.

El amor lo elevaba por encima del campesino vulgar que ella había conocido. Su hermosura espiritualizada y su ingenio depurado por las trágicas circunstancias que atravesaban, tenía delicadezas y rasgos generosos que enternecían á la convalesciente.

Una noche le dijo Corentino.

—Te traigo una gran noticia.

Y mirándola fijamente para observar sus impresiones, añadió:

—¡El duque se casa!

Ivona contestó sin turbarse:

—Con la baronesa Bresson.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo adivino.

—Sí, se casa con la baronesa.

—Ivona se encogió de hombros, y dijo sin emoción.

—Son dignos el uno del otro.

Estaba curada. El desprecio había derrocado el ídolo.

Corentino, al retirarse, se sentía libre de un peso enorme.

Al volver el día siguiente por la noche á Fontana, halló la casa vacía.

El pájaro había volado.

—¿Dónde estaba?

Ni la misma señora Toel podía decirlo.

El conde había llegado de improviso después de medio día en traje de viaje.

Debía venir de París.

Traía un abrigo para su ahijada.

Ivona se había vestido como de costumbre.

El conde la había envuelto en el abrigo, echándola la capucha sobre el rostro, y se la había llevado á pié por el bosque hasta el camino que pasa por el fondo del valle.

Al partir le había recomendado nuevamente el silencio, pero prometiéndole que Ivona regresaría pronto.

El conde parecía muy preocupado, agitado é inquieto; daba prisa á su ahijada y decía que no podían perder un segundo.

Debía ocurrir algo extraordinario.

La buena mujer no lo dudaba.

Hizo el panegírico de su enferma.

Estuvo á punto de pedir al conde que le permitiese acompañarla, pero no se había atrevido.

Ivona era tan buena que se podía vivir eternamente á su lado.

La viuda la defendió con calor.

La pobre había sido dátil.

Pero, decía la buena señora, considera Corentino lo lisonjero que es verse requebrada por un duque y de Vaudrey por más señas! La ha debido enganfiar con palabras. Y si ha pecado, bien ha purgado su culpa.

Corentino no quiso oír más.

Desde que Ivona no estaba en Fontana, nada le retenía en la casita.

Fué despacio á Scaer.

En el camino iba pensando en cuanto había visto y oído y no comprendía nada.

¿Por qué el duque después de seducir á Ivona le había dado una puñalada?

¿Por qué la arrojaba al estanque de Laugou?

¿Qué interés podía tener en que desapareciera?

¿Por qué el conde de Plelau, de cuya honradez estaba seguro, llevaba á Ivona á aquella escondida casa?

¿Por qué imponía á un padre el dolor causado por la muerte de una hija?

¿Cómo había llegado á Laugou en el momento

preciso para salvarla del inminente peligro de muerte? ¿Por qué Joson guardaba con sus mejores amigos los Oleguer, aquel inexplicable silencio?

¿Por qué, en fin, se llevaba el conde á su ahijada, sin decir á dónde iba?

¿Dónde estaba Ivona? ¿Cuándo volvería á verla?

¿Corentino se preguntó otra vez, lo que habia preguntando un año antes, si estaba en su sano juicio.

Y meditaba sobre aquel temor de Ivona.

¿Podian perdonarla?

Sí, ciertamente, y él la perdonaba de todo corazón aquella falta tan cruelmente expiada.

Su alma se habia inundado de gozo al encontrarla. Todo su amor habia renacido, y se despartaba vehemente como nunca.

Amaba á Ivona, y no podia amar á otra mujer.

Pero al ver su enfermiza palidez, la demacración de su cuerpo y su aspecto dolorido, habia crecido su odio violento, mortal, insaciable, contra el duque, que la habia seducido para atormentarle.

¿Por qué permanecía impune el gran culpable?

El habia prometido callar á la viuda Toel y á la hija de Rebec; pero el conde de Plelau, Joson y la misma Ivona, ¿por qué callaban?

¿Por qué protegían al criminal con su silencio?

Hubiera querido topar con él, en los bosques, sólo, á la luz de las estrellas, para trabar un combate que terminase con la muerte del más débil.

Pero el duque no le temia.

Su elevada clase le servía de defensa.

Le protegían sus lacayos.

¡Iba á casarse con la viuda de Santiago Bresson, y á gozar de sus millones!

¿Pero qué casta de gente era aquella de Paris, para consentir la baronesa en dar su mano á aquel bandido, después de los escándalos de Bretaña?

¿Y el barón Noel que aprobaba el matrimonio? ¡Parecía imposible!

Todas estas ideas se agitaban en la mente del bretón, llenándole de confusiones.

Quería dudar y tenia que ceder á la evidencia.

A las diez llegó al castillo de Scaer, que estaba deshabitado.

Sin embargo, en una sala del piso bajo, destinada á los criados, distinguió luces y vió la puerta abierta.

Se acercó por curiosidad.

Al verlo, exclamó Juan María.

—¿Dónde andabas? Te estamos esperando.

—¿Para qué?

—Vengo á buscarte.

—¿A dónde vamos?

—Ya lo sabrás.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Juan María estaba solo. Le acompañaba Joson Cadion, mejor vestido que de costumbre, con chaqueta de merino y un sombrero de bretón, de alas muy anchas.

Joson era feo y casi deforme; pero á Corentino no

le pareció lo que realmente era: un dechado sublime de lealtad y de arrojo.

—Prepárate—dijo Juan María.

—¿Hay necesidad de armas?

—No.

—¿De dinero?

—Tengo.

—¿Cuánto tiempo durará el viaje?

—No te importa.

Un coche alquilado por Juan María, en la estación de Montauban de Bretaña, el mismo en que habían ido el conde y el barón, con sus dos cochinos, aguardaban en la verja del parque.

Quando montaron, á las once de la noche, Juan María habló aparte á su hermano, y le dijo:

—¿Odias al señor de Vaudrey?

—A muerte.

—Te he prometido que quedarías satisfecho.

—Sí.

—Pues bien..... ha llegado la ocasión.

—¡No me engañes!

—Lo verás con tus propios ojos.

El cochero arreó los caballos, crugió la pesada máquina y partió al trote con tumbos pavorosos.

VIX

EL CONTRATO MATRIMONIAL.

Llegó el gran día.

A las diez y media de la mañana, el notario señor Durand, se presentó en la sala principal de la casa de la avenida de Mesina.

El señor Durand, joven todavía, elegante y correctamente vestido, saludó primero con una profunda reverencia á la novia y al duque que se hallaba á su lado y luego, con un ademán afectuoso al barón Noel, á Renaudet y al conde de Plelau.

Dejó luego una carpeta de pergamino bastante ligera sobre una mesa magnífica, de taracea y bronce dorado, que habia pertenecido en sus primeros tiempos á la marquesa de Pompadour.

En aquel vasto y suntuoso salón, no habia una tela, un cuadro, un mueble, ni un *biblot*, que no tuviese el sello del frívolo y gracioso estilo de aquella época.

Sólo cuatro amigos acompañaban al señor de Vaudrey.

Los novios habian decidido, de común acuerdo, que la ceremonia del matrimonio se verificase sin fausto ni ruido.